

El entendimiento y la vida

Si se observa al hombre desde un punto de vista puramente exterior no aparece en él otra cosa que un animal semejante en todo a los demás animales superiores, por su conformación anatómica y por su funcionamiento biológico, sujeto de la misma manera que los demás a las leyes de la animalidad, como lo demuestra la biología comparada; pero una observación más profunda hace descubrir en ese animal una fuerza superior a las puras fuerzas materiales, una vida que se eleva por sobre la vegetativa, propia de las plantas, y por sobre la sensitiva, que es propia de los animales, hasta el conocimiento de la verdad abstracta y hasta el amor del bien que está por encima del alcance de los sentidos: ese principio capaz de conocer la verdad y de amar el bien es el alma espiritual.

El hombre es un compuesto de materia y espíritu, un compuesto en el que cada uno de los componentes conserva sus características propias, aunque se unan en la unidad de una sola sustancia; razón por la cual es propiedad de esta sustancia, única entre todas las que forman el universo creado, el que sus operaciones procedan a la vez del espíritu y de la materia, interviniendo ésta, de una manera instrumental, por las operaciones de los sentidos internos y externos en las operaciones del entendimiento y de la voluntad, y extendiendo el alma espiritual su intervención a las funciones más puramente materiales del cuerpo humano, como son la nutrición y las secreciones glandulares, las cuales son ejercidas por órganos corporales que reciben su ser de órganos y su actividad vital del único principio o forma sustancial que anima al cuerpo humano.



Freud y las escuelas vitalistas actuales han llamado la atención sobre el papel importantísimo que ejercen los factores corporales sobre la vida del hombre, aun por sus aspectos intelectual y moral; no es esto un descubrimiento de los últimos tiempos, y ya los escolásticos, y especialmente Santo Tomás habían sentado el principio de la influencia del cuerpo y sus funciones sobre el alma, no influencia activa sino pasiva y material, en cuanto la materia corporal, instrumento necesario para el ejercicio de las funciones espirituales, pone a éstas un límite, no les permite ejercerse sino según sus modalidades particulares, a la manera que la calidad o disposición del instrumento músico es condición de perfección o imperfección de la música, aunque sea un gran artista el que la ejecute. "*Diversas habitudines hominis ad opera animae proveniunt ex diversa corporis dispositione*", decía Santo Tomás en su comentario al libro de Aristóteles *De Memoria et Reminiscentia*, Lect. I.; palabras que traducidas al castellano quieren decir que "las aptitudes del hombre para las operaciones espirituales dependen de las diversas disposiciones del cuerpo".

Si es, pues, cierto que los dos elementos componentes del hombre tienen una influencia propia sobre la vida humana, también es cierto, que estando unidos en una unidad substancial, debe haber una jerarquía entre ellos, una subordinación de estos dos principios, y que el más alto debe primar sobre el inferior e imponerle su dirección.

Las operaciones propiamente humanas son las que proceden del compuesto bajo la dirección del espíritu; y la cultura propiamente humana es la del espíritu, pues siendo éste la parte formal del hombre, es su perfección la que caracteriza el desarrollo que es propio del hombre en cuanto tal, y supone el pleno desarrollo de las dos facultades espirituales, entendimiento y voluntad.

Entre estas dos facultades tiene la primacía el entendimiento, facultad aprehensiva encargada de percibir la realidad y de dirigir la operación humana de acuerdo con esa percepción; su desarrollo es condición previa del desarrollo y educación de la voluntad, educación cuya necesidad no negamos en ninguna manera, pero no pudiendo ella obrar

sino guiada por el entendimiento, tampoco puede perfeccionarse sino en dependencia de la perfección intelectual. No hay educación de la voluntad sin educación del entendimiento, lo que no quiere decir que haya que tener en menos estima el papel de la voluntad en la rectitud de la vida; por el contrario, cuanto más se reconozca la importancia de la acción moral, mayor debe ser la que se atribuya a la formación intelectual, base única que puede asegurar la estabilidad y perfección de la operación de la voluntad.

Las tendencias voluntaristas, que desconocen la preponderancia del entendimiento en el orden moral, destruyen la moralidad misma que tratan de exaltar, pues si se niega a ésta los únicos fundamentos estables y durables, que son las convicciones racionales, caerá al primer impulso y carecerá de toda defensa y de toda firmeza.

Nos decía hace poco un notable especialista en enfermedades mentales, que ciertas escuelas modernas de psiquiatría, de tendencias espiritualistas, tratan hoy de combatir las manifestaciones psicopatológicas, que como las neurosis y la histeria se caracterizan como enfermedades de la voluntad, haciendo que el enfermo produzca actos intelectuales, tales como explicitar claramente sus convicciones morales, existentes a veces en un segundo plano de la conciencia, y que el enfermo no ve con claridad. Estas escuelas modernas reconocen que para obrar sobre la voluntad del enfermo es necesario aclarar sus ideas, y confirman en virtud de sus experimentos científicos la supremacía del entendimiento sobre la voluntad.

El entendimiento es una facultad espiritual cuyo objeto es conocer la naturaleza de las cosas. El concepto realista y católico, por oposición al idealista de Kant, que atribuye al entendimiento o razón el carácter de fábrica arbitraria de ideas, reconoce que el fin del entendimiento es la percepción de la realidad existente en las cosas exteriores a él, y funda la cultura en el esfuerzo del entendimiento para establecer las relaciones que existen naturalmente entre el hombre y las cosas que lo rodean. Lo propio de la inteligencia es descubrir lo que debe ser a través de lo que es, y, en el orden que se llama de la razón práctica, dirigir al hombre a

rectificar constantemente su actitud, sus relaciones con los demás seres; así como la medicina trata de modificar el organismo, tal como lo encuentra en el enfermo, y transformarlo en lo que debe ser normalmente en el hombre sano; o como la ciencia del derecho tiene por objeto las relaciones que deben existir entre los hombres, ya que el derecho es lo que la razón descubre como justo en esas relaciones, y formula leyes que satisfacen a las necesidades naturales.

La filosofía moderna se basa en la negación de la superioridad del entendimiento; Kant, Descartes y los idealistas modernos son antiintelectualistas, y tienen por punto de partida el negar al entendimiento la posibilidad de conocer la realidad de las cosas y de llegar, por consiguiente, a la naturaleza de las mismas; de ahí que, como dice Maritain, "su filosofía, bajo apariencias brillantes, es la miseria misma, una carencia de intelectualidad, un materialismo profundo", y de ahí salieron todos los males que mantienen al mundo actual ajeno a una concepción cristiana de la vida.

El descuido de la formación intelectual ha traído, la mayor parte de las veces, la perversión de la razón, mal que no puede corregirse sino por la cultura intelectual. De ahí que la misión cultural del católico de nuestro tiempo sea rehabilitar el entendimiento, primero por una convicción personal, que dé la supremacía a la verdad, segundo por un concepto enteramente racional de la vida y de la moral.

La supremacía del entendimiento depende de la superioridad de su objeto, que es la verdad, mientras que el de la voluntad es el bien, y aquella es más universal, más absoluta y anterior a éste, la verdad está por encima del bien. La verdad se identifica con el sér, en toda su amplitud, mientras que el bien se identifica con el fin; una cosa es verdad en todas las circunstancias y en relación con cualquier entendimiento, mientras que puede no ser bien sino en determinadas circunstancias, en relación con un fin determinado, y por tanto no para todos los hombres; es decir, hay bienes relativos, mientras que es propio de la verdad ser absoluta.

La constitución misma del entendimiento, su finalidad intrínseca, garantiza que el que busca la verdad llegará a encontrarla; el expticismo envuelve una contradicción

radical, ya que, según el célebre argumento de San Agustín contra los académicos, el que afirma que nada es verdad, reconoce este principio como cierto y se contradice a sí mismo, afirmando la existencia de la certeza al mismo tiempo que la niega. Sólo una perversión intelectual infundida desde los primeros años por malos maestros —deformación que quizá se encuentra más que nunca en nuestros días— puede justificar subjetivamente a algunos de los que desesperan de hallar la verdad.

La verdad, que es objeto propio del entendimiento del hombre, no es, como creen muchos, una verdad de orden práctico, la verdad propia de las ciencias experimentales, útil para dirigir la actividad fabril; esta tendencia, resultado de las filosofías positivistas e idealistas, rebaja la dignidad de la inteligencia, y lejos de dirigir el entendimiento y la voluntad del hombre a una actividad superior, los sujetan y esclavizan a la actividad más baja del hombre, es decir, al orden de la producción propiamente técnica, que le es común con los brutos, ya que la abeja fabrica sus panales, la araña sus telas, el castor diques de una técnica impecable, el pájaro sus nidos. El economismo liberal, precursor inmediato del materialismo histórico y del socialismo totalitario, al reducir la actividad humana al trabajo de las fábricas y al subordinar todo lo humano a las necesidades de la producción, rebaja al hombre al nivel de los animales. Para nosotros, por el contrario, el entendimiento está hecho principalmente para la verdad especulativa, para conocer el sér en toda su amplitud, para penetrar en las esencias de las cosas, eternas y necesarias, y participar así en algo de su eternidad y de su necesidad, y sobre todo para llegar a Dios, causa suprema y hallar en su contemplación la más alta bienaventuranza. Esa es, según Aristóteles, la actividad más propiamente humana, la única que podrá prolongarse en la eternidad, ya que la actividad práctica y la artística son sólo transitorias, en cuanto pertenecen no al goce del fin, como la especulativa, sino a la elección y aplicación de los medios para llegar a él.

La preponderancia del entendimiento en la vida moral aparece del hecho de que la bondad o malicia de los actos

humanos proceda del entendimiento, mientras que la voluntad es en dichos actos el elemento *material*; es el último juicio práctico del entendimiento el que consume el pecado o constituye la obra meritoria, por lo cual no hay obra buena sino cuando el entendimiento juzga con rectitud de las exigencias del acto que se va a ejecutar: "La bondad de la voluntad, dice Santo Tomás, depende de la razón, del mismo modo que del objeto, y pertenece antes a la razón por su aspecto de verdad, que a la voluntad por su aspecto de bondad" (1). "El objeto mueve a la voluntad determinando el acto a modo de principio formal, que es el que especifica la acción de las causas naturales... El primer principio formal es el ser y la verdad universales, que son objeto del entendimiento: y así, con este modo de moción el entendimiento mueve a la voluntad, en cuanto le presenta su objeto" (2).

De esta jerarquía entre el entendimiento y la voluntad, entre la verdad y la práctica, entre el pensamiento y la ejecución, nació la distinción entre la vida contemplativa, consagrada al conocimiento de la verdad, y la vida activa, consagrada a la acción exterior; la primera tiene por fin la perfección del que la practica, la segunda se termina en cosas exteriores a él. Aristóteles, al establecer esta distinción, declaró que la vida activa es más humana, la contemplativa o especulativa, a su parecer, es sobrehumana, ya que orienta al hombre a algo que está por encima de él. La vida contemplativa, tal como el cristianismo la concibe no es un ideal de pura especulación, ya que para Santo Tomás está constituida por el conocimiento de la verdad y el amor a la verdad conocida, y por la sujeción de la vida entera a las exigencias de la suprema verdad.

El mal más grande y fundamental entre los de nuestro tiempo es el desconocimiento de la verdad objetiva y de sus derechos, y la exaltación desmedida de la acción práctica; este mal sólo se podrá remediar cuando haya hombres para quienes la verdad adquiera de nuevo todo su valor de absoluto, y la acción práctica aparezca en toda su relatividad; sólo esos hombres podrán devolver a la acción misma

(1) Suma Teológica, Sección Primera de la Segunda Parte, cuestión XIX, artículo III, in corpore.

(2) Ibidem, cuestión IX, artículo I, in corpore.

su carácter ordenado y humano, y trabajar por la formación de una nueva cultura, más humana y más cristiana que la civilización pragmática e industrial en que vivimos.

Aristóteles recomendaba a los jóvenes que se dedicaran al estudio de la metafísica, y que dejaran la actividad política para la edad madura, cuando se ha adquirido un conocimiento del mundo y de los hombres, cuando se está en mayor capacidad de comprender las verdaderas exigencias de la sociedad humana y cuando las pasiones están ya moderadas. Para el Estagirita sólo el que hubiera pasado largos años de especulación filosófica podía ser hombre perfecto, capacitado para gobernar a sus conciudadanos, e incapaz para hacer el mal, por su contacto con la sabiduría. Sin llegar hasta tal grado de optimismo, imposible para un cristiano, para quien la inteligencia sin la gracia no preservaba del mal, tenemos que reconocer la infinita superioridad del super-hombre de Aristóteles sobre el super-hombre actual, fruto de la filosofía moderna, y caracterizado por el desarrollo de la fuerza bruta, que lo hace capaz de los mayores males.

El criterio cristiano afirma que todo hombre es capaz de contemplación, si no en extensión al menos en profundidad, y la Iglesia católica, al enseñar a todos, aun a los más humildes, las más altas verdades acerca de Dios y acerca de lo absoluto de la verdad, abre a todos el camino de la contemplación en la fe y en la caridad, y al imponerles una doctrina con caracteres tan absolutos y tan exclusivos, les da, en la profesión de su fe, una fuerza capaz de renovar el mundo.

Una convicción inmovible de lo absoluto de la verdad, una estimación de la verdad por sobre todas las cosas, una constante rectitud de intención en todas sus actividades, son tres condiciones que orientan la vida hacia la contemplación, y que deberían ser el distintivo del católico en todos los campos, así en el orden de la vida individual, como en los órdenes familiar, profesional y político.

CARLOS JOSE ROMERO, Pbro.

Profesor de Filosofía en el Seminario Conciliar de Bogotá.